

[291]

LOS PROFETAS, HOY

Enzo Giustozzi

Luego de una pausa de siglos, en estos últimos tiempos se ha vuelto a hablar de los profetas. Pero no sólo de los profetas veterotestamentarios (de ellos más o menos siempre se habló), sino más bien de profetas contemporáneos. Del papel profético de toda la Iglesia, Pueblo de Dios. Del profetismo de cada uno de los cristianos, partícipes del profetismo de Cristo (LG 12 y 35). De allí el título de esta colaboración: *Los Profetas, hoy...*

¿Qué pensar de este resurgimiento de los profetas? ¿Qué actitud tomar? ¿Cómo discernir entre verdaderos y falsos profetas?

1.— Algunas líneas-fuerza del profetismo veterotestamentario

La importancia de los profetas en el Antiguo Testamento, es muy grande. Podríamos sintetizar esa importancia, como sigue:

- a - En repetidas ocasiones, se interpreta la carencia de profetismo como indicio de la decadencia y abandono de Israel:
Lam 2,9; Ez 7,26; Sal 74,9; 1 Mac 4,46; 9,27; 14,41.
- b - Los grandes personajes de la historia de Israel, son llamados –posteriormente- profetas. Por ejemplo, Moisés en Dt 18,15.18; 34,10; Sab 11,1.
- c - “No hace nada el Señor Yavé sin revelar su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3,7; Cfr Jer 7,25).

[292]

d – “Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los *profetas...*, ahora.. . Dios nos habló por medio de su *Hijo*” (Hebr 1,1).

Según una interpretación hoy bastante común, “Nabí” (profeta) sería “Llamado” y/o “enviado”; aún sin hacer demasiado hincapié en la filología es evidente que en Israel, los profetas tienen clara conciencia de haber sido *llamados* en forma especial por Dios;¹ pero de haber sido llamados en función de una *misión* que cumplir ante el pueblo. Nada más alejado de la vocación profética, que un llamado a una experiencia mística, intimista, meramente individual de Dios. El profeta no es llamado a ‘gozar’ místicamente de Dios, sino a ser intermediario entre Dios y el Pueblo, a ser portador de una Palabra nueva de Dios.

Israel tenía sus instituciones políticas-religiosas: la realeza y el sacerdocio, por ejemplo. Y tenía formas más o menos constantes de darse un rey o un sacerdote, cuando lo necesitaba. No sucede así con los profetas. Dios es quien suscita directamente a los profetas, cuando, como y donde quiere; y de los más diversos estratos sociales. Los profetas, por lo tanto, no son -no pueden ser- ‘profesionales’. Así ha de entenderse -al parecer- la viva respuesta de Amós al sacerdote del Templo real de Betel, Amasías:

“Yo no soy profeta, ni hijo de profeta, sino un vaquero y cultivador de sicómoros. Pero Yavé me tomó de detrás del ganado y me dijo: ‘Ve y profetiza a mi pueblo Israel’” (Amós 7,14s).

Los vislumbres de futuro que se dan en los oráculos proféticos (cuya exageración apologética nos llevó en el pasado a considerar a los profetas poco menos que como a ‘gitanos-de-Dios’), no son lo más importante en la actividad profética. No es exacto pensar en los profetas como en quienes ‘fotografiaron’ con quinientos años de antelación, la Pasión de Cristo. El tiempo más importante para el profeta es el *presente*. *El profeta, lee, interpreta, escruta el PRESENTE,*² *a la luz del PASADO* *arquetípico (Éxodo-Alianza), con proyección al FUTURO*. Porque es capaz de leer en profundidad el presente, hasta discernir lo realmente significativo de la presencia de Dios y de su acción, podrá intuir hacia dónde apunta la historia, podrá discernir hacia dónde conduce la acción divina nuestra historia humana. El profeta vive intensamente el presente, el *hoy y aquí*, de su pueblo; pero no como mero observador, comentarista o analista de la realidad. El profeta está inmerso hasta el cuello en el devenir histórico del Pueblo de Dios, como

¹ Cfr. las narraciones de vocación profética: Jer 1; Is 6. Compárense con la vocación de Moisés, de Ex 3-4.

² “Los signos de los tiempos” ; Cfr. Mt 16,2-3 y GS 4 y 44.

[293] actor y aún como protagonista de la historia. El Profeta, más que escribir historia, la hace –interpretándola-. De allí las casi constantes implicaciones políticas de la actividad profética, sea de los profetas veterotestamentarios, sea del mismo Cristo.³

El profeta lee el presente, con proyección al futuro, a la luz del *pasado* arquetípico, es decir, de *la Historia de la Salvación*. El punto clave de la Historia de la Salvación es la gesta salvífica del Éxodo:

- Salida de Egipto, “casa de esclavitud” (Dt 5,6; 6,12 y *passim*).
- Travesía del desierto, lugar de la ‘pedagogía’ de Dios (Dt 11,2.7), lugar ideal de encuentro con Dios (Dt 32,10; Os 2,16; Jer 2,2).
- Entrada a la Tierra prometida, “que mana leche y miel” (Dt 11,8-15, donde se compara la Tierra de Canaán con la de Egipto).

A la luz de esta decisiva experiencia salvífica del Pueblo de Israel, cuyo clímax es la *Alianza*, los profetas interpretarán, enjuiciarán, los acontecimientos de su presente. Se trata de una verdadera actualización –¡un ‘aggiornamento’!- de la Alianza, no de una simple vuelta al pasado. Es decir, la Tradición tiene una importancia *enorme* en la teología profética de la Historia, pero los profetas no pueden ser clasificados sin más entre los tradicionalistas: vuelven, sí, los ojos al pasado histórico de Israel, pero no se detienen en esa actitud,⁴ sino que el recurso al pasado es un paso, un punto de referencia para interpretar profundamente el presente y entrever, así, el futuro.

Ante la tendencia centralizadora y legalizante (inclinación a mantener el ‘statu quo’, se podrá decir hoy) de la realeza y el sacerdocio, que miraban a Israel como en un estado definitivo -como puede verse en el Deuteronomio- el único resquicio de libertad por el cual Yavé puede abrir nuevos horizontes a su pueblo, es el profetismo.⁵

Creemos interesante hacer notar, en este punto, que la presencia profética cobra en Israel toda su importancia y su peso -con figuras de la talla de un Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías... - al tiempo que la confederación tribal israelita -cuyo vínculo de unión *único*, aún político, era la Alianza y el culto yavista- fue poco a poco transformándose en una monarquía cada vez más rígidamente estructurada sea en lo político,

³ “Jesús fue condenado por Pilato como rebelde político, como zelote”. (O. Cullmann *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*. Studium, Madrid 1971 Cap. III p. 43).

⁴ “Cómo a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor” (Jorge Manrique), podría ser sapiencial, mas no profético.

⁵ Cfr Buis-Leclercq *Le Deutéronome*. Gabalda, Paris 1963 p. 139.

[294] que en lo cultural, con el peligro constante de hacer del Pueblo de la Alianza, un pueblo “como todas las naciones”.⁶

Puede sospecharse, por lo que venimos diciendo, que las relaciones de las instituciones político-religiosas de Israel (realeza y sacerdocio) con el profetismo no fueron siempre precisamente coincidentes. En verdad, hojeando el Antiguo Testamento podemos encontrar a menudo a los profetas en relaciones más o menos tensas con los sacerdotes y el culto, o los reyes y detentadores del poder en general. Hasta el punto que algunos típicos representantes del racionalismo alemán, sostuvieron lisa y llanamente que los profetas eran anti-cúlticos y anti-monárquicos.⁷ En realidad, esta corriente racionalista -uno de cuyos epígonos fue sin duda Wellhausen- depende más de un prejuicio de orden filosófico (la aplicación a la historia de Israel del esquema hegeliano tesis-antítesis-síntesis),⁸ que de una lectura ‘bíblica’ de las páginas referentes a los profetas.

Si vemos a menudo a los profetas enfrentados al rey, no es por un anarquismo ‘avant-la-lettre’, sino más bien en nombre de lo que la ideología real del Oriente Medio consideraba uno de los deberes primordiales del Rey, que era considerado ‘hijo de Dios’ es decir ‘lugarteniente’ de Dios en la tierra, a saber: la administración de la justicia salvífica, reflejo en la tierra del orden divino. Deber que se expresa a menudo con la frase cliché: “Hacer justicia al pobre, al huérfano y a la viuda”.⁹

Los profetas critican además, y en forma virulenta, *el culto israelita*. Son clásicos a este respecto, los textos siguientes: Is 1,11-17; Amós 5,21-25; Jer 7; Os 6,6 (citado por Mt 9,13 y 12,7); Mi 6,6-8; Is 58,1-5, y muchos otros más. En algunas ocasiones, se contraponen el culto actual -que se supone fastuoso, ‘triumfalista’- con el culto sobrio y sincero de la travesía del desierto. A veces incluso llega a suponerse que en el culto del éxodo no se hubieran ofrecido sacrificios (Cfr. Jer 7,22-24).

Pero hay otro aspecto, en la crítica profética al culto, que quizás no llame la atención a primera vista, y que parece interesante señalar. A veces se une la crítica al culto con una exhortación a hacer justicia al “pobre, el huérfano y la viuda”.¹⁰ Los profetas establecen una conexión entre culto y justicia social; no puede haber culto acepto a Dios sin la práctica de la justicia para con los marginados sociales.

⁶ 1 Sam 8, 5. cfr. el v. 7: “... no te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, *para que no reine sobre ellos*”.

⁷ Así como algunos de la escuela escandinava pretendieron hacer de todos los profetas, profetas cultuales, si no directamente sacerdotes.

⁸ Cfr. Robert-Feuillet *Introducción a la Biblia*. T.I. Herder, Barcelona 1967 p. 288.

⁹ Cfr. Dt 10,17: Yavé presentado con características reales; Jer 22,13. Cfr. también el artículo del P. S.J. Croatto, en esta revista, N° 3 de 1970.

¹⁰ Cfr. Is 1,17; 58,2-8; Jer 7,5s; Am 5,24; Mi 6,8.

[295] El culto a Yavé, los sacrificios que se le ofrecen, son *radicalmente* distintos de los sacrificios y el culto de los pueblos que rodeaban a Israel; aún cuando Israel ha tomado muchas veces de ellos sus fiestas, sacrificios o ritos. Pero a Yavé no se lo conforma con la escrupulosidad ritual o con la pureza legal, solamente. En efecto, ¿quién es Yavé? Cualquier judío, cualquier ‘chico de catecismo’ de entonces hubiera respondido sin titubear: Yavé es quien nos sacó de Egipto (Cfr Dt 26,5-10). Yavé es quien oyó los gemidos de los israelitas oprimidos y explotados en Egipto, y no pudo permanecer indiferente ante esta situación,¹¹ sino que:

“He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra espaciosa y buena; a una tierra que mana leche y miel...” (Ex 3,8a).

¿ Puede por tanto, este Dios que no puede permanecer indiferente al clamor de un puñado de esclavos oprimidos, aceptar un culto que vaya unido (¡legitimándola!) a la explotación del marginado? ¡Por supuesto que no! Esto significa también, por otra parte, que el culto auténtico al Dios del Éxodo y la Alianza -Dios esencialmente *Liberador*- ha de ser ‘concientizador: si el culto a Yavé, el Dios que libera a un puñado de esclavos para hacer de ellos “su” Pueblo,¹² no hace tomar conciencia de los deberes de justicia para con el prójimo marginado, es un culto idolátrico. Porque equipara a Yavé a los dioses paganos, preocupados por ellos mismos, alimentados por la carne y la sangre de los sacrificio; cosa inconcebible en Yavé:

“Si tuviera hambre no te lo diría; porque mío es el orbe y cuanto encierra. ¿Es que voy a comer la carne de los toros, o a beber la sangre de los machos cabrios?” (Sal 50,12s.)

Con términos modernos, podríamos hablar de culto ‘alienante’, de “opio del pueblo”; reinterpretando el sentido de la crítica profética.

El sino de los profetas estuvo casi siempre signado por *el rechazo*, la persecución, e incluso la muerte. Es por eso que en las narraciones de vocación se hace a menudo referencia a una cierta resistencia del profeta a aceptar su misión.¹³ Pero, al mismo tiempo, ante Dios que llama, el profeta casi no puede no responder; hasta el punto que Jeremías dirá:

“Me has seducido,... me has agarrado ... me has podido... Yo decía: ‘No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su nombre’. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (Jer 20,7.9).

¹¹ “Yo seré su Dios, Ustedes serán mi pueblo”, es el núcleo de la Alianza.

¹² Ibidem.

¹³ cfr. Jer 1, 6-7; 17,19.

[296]

Y Amós a su vez:

“Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor Yavé, ¿quién no profetizará?” (Am. 3, 8).

El tema de la persecución del profeta, será retomado por el NT y considerado prácticamente como un criterio de discernimiento entre la verdadera y la falsa profecía. (Cfr el criterio N° 5, de la parte 3.).

Con el Exilio, se produce en la vida de Israel *una profunda crisis de fe*. En efecto, la posesión de la tierra prometida había sido un elemento importante del credo yavista, puesto que era nada menos que el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham: “A tu descendencia he de dar esta tierra” (Gen 12,7). Y de hecho, pese a la restauración postexílica, los tiempos dorados de David y Salomón ya no volverán. Israel irá entonces espiritualizando el tema de la tierra, así como la concepción de la Ley. En el destierro, ya no hay tierra, ya no hay rey davídico, ya no hay templo.

Si Naamán, el Sirio, pidió a Eliseo “La carga de tierra de un par de mulas, pues tu siervo no ofrecerá de nuevo holocaustos y sacrificios a otro dios que a Yavé”,¹⁴ no se ha de minimizar el interrogante que se presentaba al Pueblo desterrado en Babilonia: ¿tiene aún valor la Ley en tierra de dioses extranjeros?

La tierra, el Rey y el Templo habían sido los pilares de la fe israelita en tiempos de la monarquía. En el exilio, se va abriendo paso la conciencia de que la grandeza de Israel está en la Ley de la Alianza. Es así que Israel se preocupará cada vez más por recuperar todas sus tradiciones históricas; las irá ordenando, coleccionando y ‘editando’. Así cristalizará la “Biblia” (los libros, en griego), la Escritura.

La importancia asignada a esta tarea de recuperación y fijación por escrito de las antiguas tradiciones de Israel, irá dando cada vez más autoridades a los escribas y a los sabios, y desplazando un poco a los profetas. Esa extinción de la voz profética será considerada -con todo como una sensible carencia (cfr. parte I, letra a), y en tiempos de Cristo, la figura del Bautista y la del mismo Cristo serán de inmediato relacionadas con la gran corriente profética del AT (Cfr Mt 16,14).

La tentación típica de esta etapa de la vida religiosa de Israel, será la excesiva confianza, la búsqueda de seguridad, puesta en la Biblia como “libro”; se podría hablar, en ciertas ocasiones, de una verdadera ‘religión del Libro’. Y dentro de la Biblia, se dará un puesto de privilegio al Pentateuco, el “Libro de la Ley”.¹⁵

Puede decirse pues, que la Ley (y el Templo reconstruido) pasa a ser el punto de apoyo que suple las funciones del Rey y la tierra en el

¹⁴ 2 Re 5,17; Cfr. también 1 Sam 26,19.

¹⁵ En el NT se hará referencia a la Biblia diciendo: “La Ley y los profetas”, o bien: “Moisés y los Profetas”; separando el Pentateuco del resto de la Biblia.

[297] Israel de la monarquía. Es por esto que Jesús centrará su crítica profética sobre la Ley y su interpretación, sin retomar -por ejemplo- la crítica al Rey.

* * * * *

II.— “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del Hombre? ¿Quién dicen que es? (Mt 16,13)

La respuesta que dan los discípulos a esta pregunta formulada por Cristo, resume el sentir del común de las gentes (del “hombre de la calle”) respecto a Jesús: “Algunos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías y otros Jeremías o alguno de los profetas” (Mt 16,14). Como vemos, todos los personajes enumerados son proféticos;¹⁶ por tanto, podemos afirmar que la conducta, las actitudes de Cristo fueron interpretadas por el pueblo, como las de un profeta. Véanse, en este mismo sentido, los textos siguientes: Mt 21,11.46; Lc 7,16.39; 9,8;24,19; Jn 4,19; 6,14; 7,40.52.

En Jn 7, 45-52, podemos hallar expresada nuclearmente la reacción que la presencia profética de Cristo suscita en los estratos dirigentes de Israel:

“Los guardias fueron al encuentro de los sumos sacerdotes y de los fariseos y estos les preguntaron: ¿por qué no lo trajeron?. Ellos respondieron: Nadie habló jamás como este hombre. Los fariseos contestaron: ¿También ustedes se dejaron engañar? ¿Acaso alguno de los dirigentes o de los fariseos ha creído en él? En cambio, esa gente que no conoce la Ley está maldita”.

“Nicodemo, uno de ellos... les dijo: ¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre sin haberlo escuchado antes? ... Le respondieron: ¿Tú también eres galileo? ¡Examina las Escrituras y verás que de Galilea no ha salido ningún profeta!”.

Los vv. 48-49 nos dan los elementos claves de la ‘deformación profesional’ de las clases dirigentes israelitas. La pregunta es evidentemente retórica: ¡Por supuesto, ninguno de los jefes o de los fariseos ha de creer en él! La autoconvicción de ser “los que saben”, los monopolistas de la verdad, salta a la vista.

“En cambio *esa gente que no conoce La Ley* está maldita”. “Ninguno de los que no conoce la Ley tiene horror al pecado, y ningún ignorante es piadoso”, reza una máxima atribuida a Rabbí Hillel. Los rabinos menospreciaban al ‘pueblo de la tierra’ es decir a todo aquél que no co-

¹⁶ El Bautista incluido. Cfr. Mt 14, 5; 21, 26 y paralelos.

[298] nocía la Ley. Se entrevé con claridad el uso ideologizante que se hace de la Ley, lo que confirma e ilumina lo que decíamos más arriba en la somera descripción del judaísmo.

Como comenta Wikenhauser: "... a los círculos dirigentes del judaísmo la Ley... les cierra la posibilidad de llegar a creer en Jesús. En lugar de abrir su corazón al mensaje de Jesús... como lo hace el pueblo, ellos se atrincheran detrás de su Ley..."¹⁷

Como puede verse, en una postura de "Religión del Libro y de la Ley", ya no hay lugar para un profeta: "¡Examina las Escrituras y verás que de Galilea no ha salido ningún profeta!" le dicen a Nicodemo ("uno de ellos"), acota San Juan.

Una actualización de lo que venimos diciendo la podríamos expresar con la siguiente cita de H. Fries: "La Fe... ha sido con frecuencia empleada ideológicamente en el transcurso de la historia. La alienación ideológica de la Fe *sigue siendo una posibilidad constante*". Contra los distintos brotes de ideologización de la Fe, Cristo ejerció su rol profético; contra las constantes tentaciones de ideologizar nuestra fe (y así "dominar" a Dios, en lugar de tomar ante El la actitud de "pobre") hemos de ejercer nosotros nuestro rol profético. Recordando además, que nuestro saber teológico, nuestra "riqueza" de verdades puede convertirse en ideologización de la fe, y cerrarnos -como la Ley a los dirigentes judíos- la mente y el corazón ante los nuevos profetas que Dios no ha cesado ni cesará de enviar a su Pueblo.

¿Cuál es la actitud de Cristo ante la Ley? Así como decíamos de los profetas veterotestamentarios que no fueron antimonárquicos ni anticúlticos, de la misma manera -y con mayor razón- no podemos decir de Cristo que haya sido un anarquista. "No piensen que vine para abolir la Ley o los profetas: no vine para abolirlos, sino para llevarlos a su plenitud" (Mt 5,17). Este versículo de Mateo (y los dos siguientes) habrán merecido sin duda la complacida y 'paternal' aprobación de los doctores y fariseos. Exacto: eso era precisamente lo que ellos decían, cumplir la Ley sin dejar ni una i , ni una coma, de lado. Pero, poco les ha de haber durado la complacencia, ya que Cristo -un don nadie- que no pertenecía a ninguna de las categorías influyentes, comienza con toda tranquilidad: "Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: No matarás, y el que mata debe ser llevado ante el tribunal. *Pero yo les aseguro...* etc." "Ustedes han oído que se dijo: no comerás adulterio: *Pero yo les digo...* etc."

Cristo desideologiza la Ley, profundizándola, interiorizándola, radicalizándola; esa es su manera de 'cumplirla'; de llevarla a su plenitud.

¹⁷ A. Wikenhauser *EL Evangelio según San Juan*. Herder, Barcelona 1967 p.250-251.

[299] La diferencia entre la enseñanza profética de Cristo y la de los escribas y fariseos es notada de inmediato (Véase más adelante el criterio N° 7).

Allí está el gran problema de los dirigentes judíos ante Cristo: su autoridad. Fue asimismo el problema de los profetas veterotestamentarios, quienes al no pertenecer a una Institución (como la sacerdotal) con sus formas conocidas de sucesión, no justifican su misión profética sino apelando al llamado y a la misión recibida directamente de Dios. Por eso narran su vocación. Al ciego de nacimiento curado le dirán: “Glorifica a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador... sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde viene éste” (Jn 9,24-29).

“¿Con qué autoridad haces esto? ¿Y quién te ha dado esta autoridad?”, hallamos que le preguntan “los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos”, casi inmediatamente después de la entrada triunfal a Jerusalén y de la expulsión de los mercaderes del Templo (Mc 11 y los paralelos; Mt 21 y Lc 19,45-48; 20,1-8). Evidentemente las autoridades judías habían olvidado, pese a su conocimiento de la Biblia, una de las características principales de los profetas: *su imprevisibilidad*. No querían correr riesgos, querían estar seguros, no querían cambios “arbitrarios” propuestos por alguien que no sólo no se preocupaba por el sentido literal de la Ley sino que –además– no pertenecía a ninguna de las categorías dirigentes; no era fariseo, no era doctor de la Ley, no era sacerdote (saduceo). Y ni aún era un esenio (algo así como un monje de clausura de entonces). Las sospechas se inclinan hacia la posibilidad de que sea un zelote, una especie de ‘guerrillero’ fuertemente antirromano. (Los zelotes recurrían a la fuerza en el intento de restaurar el Reino de Israel). Su ideal era puramente político, teocrático; y consiguientemente esperaban un Mesías caudillo-político-militar. El poder romano condenará a Cristo a morir en la Cruz, como zelote.

* * * * *

III.— “Tengan cuidado con los falsos profetas que se presentan vestidos con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt 7,15)

Siempre ha existido el problema de cómo discernir, cómo detectar, cuáles son los verdaderos profetas y cuáles los falsos. ¿Qué nos dice la Biblia sobre el particular? Pasaremos revista a los criterios que van apareciendo a lo largo del libro sacro y veremos si hallamos alguna luz para nosotros hoy.

[300]

1.- Uno de los criterios más arcaicos lo tenemos, al parecer, en Dt 18,20-22:

“...Cuando el profeta hablare en nombre del Señor y la palabra no se realizare, no se cumpliera, esa palabra no la ha dicho el Señor...”

Al parecer, pues, Dt 18,20-22 está afirmando que el cumplimiento de una predicción es garantía suficiente de autenticidad profética. En verdad, la sola enunciación del texto deuteronomico siguiente bastará para reubicar este criterio, que puede a primera vista parecer muy simple.

2.- Dt 13,2.4:

“Si surgiere en medio de ti un profeta... y te ofreciere un prodigio... y se cumpliera tal prodigio... que te prometió diciendo: ‘Vayamos en seguimiento de dioses extraños... y sirvámosles’, no escucharás las palabras de ese profeta... pues os está probando el Señor Dios vuestro, a ver si en realidad amáis al Señor Dios vuestro a pleno corazón vuestro y con toda vuestra persona”.

El autor sagrado nos dice, que aún en caso de darse las condiciones de cumplimiento del criterio anterior, no hay aún garantías de autenticidad si hay un intento idolátrico. Es decir, el criterio del cumplimiento viene reubicado y condicionado a la *fidelidad yavista* del profeta.

3.- En Jeremías 28 -enfrentamiento de Jeremías con el profeta ‘oficial’ Ananías- se nos da otra variante:

“Los profetas que desde antiguo hubo antes de ti y antes de mí, profetizaron contra grandes tierras y reinos poderosos, guerras, calamidad y peste. En cuanto al profeta que profetiza paz, cuando se cumpla la palabra del tal profeta se reconocerá por profeta a quien en verdad ha enviado el Señor”.

4.- La vida del profeta, al menos por exclusión se utiliza también como criterio distintivo: si bien no está dicho que todo profeta irreprochable sea auténtico, la vida disoluta, la venalidad, la adulación, justifican la duda seria sobre la autenticidad de un profeta. Dice Jer 23,14:

“Y en los profetas de Jerusalén he visto cosas horribles; adulteran y proceden con mentira, de modo que fortalecen las manos de los malvados, para que nadie se convierta de su maldad... de los profetas de Jerusalén ha salido la impiedad para toda la tierra”.

Y Miqueas 3,5 añade:

“Así dice Yavé contra los profetas que extravían a mi pueblo, los que, mientras mascan con sus dientes, gritan: ¡Paz!, pero a quienes no ponen nada en su boca le declaran guerra santa”.

[301]

Todo lo cual podría sintetizarse con aquello de Mt 7,15-20:

“Por sus frutos los conocerán. ¿ Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Así todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo produce frutos malos. ...Ustedes, entonces, los podrán conocer por sus frutos”.

La aplicación práctica de este criterio; no es tan simple, pues en no pocas ocasiones, “los frutos” serán visibles cuando ya sea tarde, y la ocasión de reconocer a un profeta en el momento decisivo de la opción haya ya pasado.

5.- En las bienaventuranzas, nos encontramos con una formulación que tiene también todos los visos de poder ser considerada un criterio:

“Felices de ustedes si los hombres los odian, .. De la misma manera los padres de ellos trataban a los profetas.

¡ Pobres de ustedes cuando los elogien! ¡ De la misma manera los padres de ellos trataban a los falsos profetas!” (Lo 6,22s.26; Mt 5,11.12).

Afirmase, pues, que una característica constante de la actividad profética es el haber debido afrontar la persecución e incluso la muerte. Pero, aun aquí, cabe observar que si puede afirmarse que todo profeta es perseguido, no puede asegurarse lo contrario, a saber: que todo perseguido, por el mero hecho de serlo, sea un verdadero profeta.

6.- Del bloque paulino de 1 Cor 12-14, puede extraerse otro criterio que puede completar lo que hasta aquí venimos diciendo.

“Ciertamente hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios quien realiza todo en todos. En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común” (12,4-6).

Todas las manifestaciones carismáticas, si son auténticas, proceden del “mismo y único Espíritu que actúa distribuyendo sus dones a cada uno en particular como él quiere” (12,11), pero no para goce o ‘consumo’ personal, sino en función de servicio a la comunidad. También aquí, como decíamos más arriba, no habrá verdadero profeta que no ponga su carisma al servicio de la comunidad, pero, no todo el que ponga su carisma al servicio de la comunidad, es -sin más- un profeta verdadero.

7.- “El criterio definitivo que invocan los profetas es, en realidad, su propia experiencia”.¹⁸

Esa es la función primordial de las narraciones de vocación: Am 7,12-15; Is 6,1-13; Jer 1,4-19; Ez 2-3.

En esta misma línea ha de ponerse, creemos, el problema de la autoridad de Cristo. Problema que preocupaba a los dirigentes israelitas, como puede verse en Mt 21,23: “Jesús entró en el Templo

¹⁸ J. Guillet *Discernement des Esprit*; en: *Dictionnaire de Spiritualité*, s.v., col. 1226 N° 6.

[302] y mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, para decirles: ¿Con qué autoridad haces esto?” Y Jesús, como los profetas veterotestamentarios, no justifica su autoridad; casi podemos decir que no mueve un dedo para obtener el espaldarazo oficial. También el pueblo notará la diferencia entre Cristo y sus doctores: “...la multitud estaba admirada de su doctrina, por que él les enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas” (Mt 7,28s; Cfr Mc 1,22; Lc 4,31s).

En el caso de Cristo, parécenos que la función de los relatos de vocación de los profetas veterotestamentarios la cumple la teofanía del Jordán narrada por los cuatro evangelistas: Mt 3,13ss; Mc 1,9ss; Lc 3,21ss; Jn 1,29ss.

* * * * *

Como hemos visto, a lo largo de los siglos, en la Sagrada Escritura aparecen distintos criterios -¡a veces casi contradictorios entre sí!-. Pero a poco que los releamos con atención, salta a la vista que ninguno tiene a priori validez absoluta y universal: No hay una receta segura para reconocer siempre y a priori un verdadero profeta.

“Los judíos de los tiempos antiguos no aceptaban a sus ‘imprevisibles’ (unlikely) profetas que perturbaban el orden social; lo mismo vale para Cristo. En su caso, él no obraba como la sociedad esperaba que lo hiciera. ¿Hemos caído en la misma trampa actualmente? ¿Hay nociones preconcebidas de cómo la Palabra de Dios debe venir?”¹⁹

No tenemos recetas. En este tema no es posible la ‘aurea mediocritas’. Será la Palabra de Dios leída, escuchada, en la comunidad cristiana, la referencia constante de servicio a esa comunidad, las que nos encaminan -no sin vacilaciones, marchas y contramarchas- a la ‘Tierra prometida’, a través del ‘desierto’ de la vida presente.

Concluamos con las palabras de dos Pablos: Pablo el Apóstol y Pablo VI, el Pastor Supremo del Nuevo Pueblo de Dios.

“No extingan la acción del Espíritu; no desprecien la profecía” (1 Tes 5,19).

“Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es esa nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. A las comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad...”²⁰

¹⁹ J. F. O’Grady *A Question of Prophets*, en: *The American Ecclesiastical Review* 162 (1970) 395.

²⁰ *Octogesima Adveniens*. Carta apostólica de S. S. Paulo VI al Cardenal Mauricio Roy en el 80º aniversario de la *Rerum Novarum*. N° 4.